

Felipe
GARRIDO

Novedad
de la
Patria

Ramón López Velarde



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



La **Academia** para **Jóvenes**

Novedad de la patria
Ramón López Velarde

Garrido, Felipe, 1942-

Novedad de la patria. Ramón López Velarde. -- México: UNAM, CCH, Academia Mexicana de la Lengua, 2023. 144 pp.

(Colección La Academia para Jóvenes, 13).

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-5805-6 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra Completa Academia Mexicana de la Lengua).

ISBN: 978-607-99128-8-8 (Volumen Academia Mexicana de la Lengua).

Primera edición: febrero de 2023.

D.R. © UNAM 2023 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán, CP 04510, Ciudad de México.

D.R. © 2023 Academia Mexicana de la Lengua, Donceles 66, Centro
Histórico, alcaldía Cuauhtémoc, CP 06010, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-02-9490-7 (Obra Completa UNAM).

ISBN: 978-607-30-5805-6 (Volumen UNAM).

ISBN: 978-607-97649-3-7 (Obra General Academia Mexicana de la
Lengua).

ISBN: 978-607-99128-8-8 (Volumen Academia Mexicana de la
Lengua).

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la
autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso en México – Printed in Mexico.

Felipe Garrido

Novedad de la patria

Ramón López Velarde



ACADEMIA
MEXICANA
DE LA
LENGUA



Índice

PROEMIO, Benjamín Barajas	11
INTRODUCCIÓN, Alejandro García	13
I. EL PARAÍSO RECOBRADO DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE	25
La suave patria	30
II	39
Novedad de la patria	40
Melodía criolla	44
La fealdad conquistadora	49
III	53
A un imposible	54
Tenías un rebozo de seda	56
Ser una casta pequeñez	57
Mi prima Águeda	58
Las santas mujeres	61

IV		63
	En el solar	64
	El retorno maléfico	67
v		71
	En la Plaza de Armas	71
	La bizarra capital de mi estado	74
	Poema de vejez y de amor	76
	Dichosa miseria	82
VI		85
	La dama en el campo	87
	Boca flexible, ávida...	91
	Día 13	92
	Tus dientes	94
	Hoy como nunca	96
VII		99
	Como las esferas...	100
	No me condenes	101
VIII		103
	Malos réprobos y peores bienaventurados	104
IX		111
	Dejad que la alabe	112
	Treinta y tres	114
	Hormigas	116

x	119
El viejo pozo	120
Nuestras vidas son péndulos	123
Obra maestra	124
La suave patria	129
NOTA BIBLIOGRÁFICA	137

Introducción

DE EJEMPLAR QUERENCIA, NOTABLE tradición, de trazos literarios y calas interpretativas es el constante interés que Felipe Garrido ha mantenido ante la vida y obra de Ramón López Velarde, quien junto con otros cuatro virtuosos poetas (Neruda, Pellicer, Bécquer y Garcilaso) le enseñaron a decir lo que el corazón siente —aunque no es un secreto su especial predilección por Rulfo, Arreola, Yáñez y su confesado amor hacia Sor Juana Inés de la Cruz—; reflejo de este sostenido interés de Garrido hacia López Velarde son dos ensayos, cinco ediciones y tres conferencias que han abordado, desde diferentes aristas, el mosaico poético del escritor nacido en Jerez, Zacatecas, el 15 de junio de 1888, pero sobre todo, hay acerada reflexión en torno al deslumbramiento de su incisivo humor, la fina malicia, la ajedrezada ironía del jerezano en sus versos con historias de pasión que culminan con el

beso fugaz de los amantes al amanecer, con el aroma de la mujer impregnado entre los pliegues de la piel que devela “la debilidad de querer convertir lo efímero en permanente”. En una entrevista, Garrido indicaba lo siguiente:

—Paso ahora al caso de López Velarde y de Rulfo; los he leído mucho a los dos, y en ambos casos lo que me preocupaba a mí en los artículos que escribí y que están en *Tierra con memoria* era el sentido del humor, tanto en López Velarde como en Rulfo. Creo que los escritores de veras grandes, de alguna manera, siempre incluyen el humor, no porque lo estén buscando conscientemente, sino porque es una manifestación natural de una persona que se dedica a observar a los demás, que es lo que normalmente hace un escritor, y eso es lo que hace un poeta lírico como López Velarde. Forzosamente hay un momento en que se llega a tener un cierto sentido del humor si estamos hablando de un escritor verdaderamente grande. Porque, desde este punto de vista, el humor sería como la capacidad de lanzar una mirada compasiva sobre las flaquezas de cualquier persona, de cualquier ser humano. En el caso de López Velarde esto es muy conmovedor, porque López Velarde es un poeta enormemente pasional y con dos pasiones fundamentales: por un lado la pasión por la carne y, por otro lado, la pasión por lo espiritual dentro de la educación totalmente ortodoxa,

de católico. Entonces López Velarde continuamente está combatiendo y hay muchísimos ejemplos en su poesía para decir eso, la tendencia a lo espiritual y la tendencia a lo carnal. En esta situación, López Velarde es capaz de ver con esa mirada compasiva y cargada de humor, no las pasiones de los demás, sino sus propias pasiones. López Velarde continuamente se está riendo, está lanzando una mirada humorística sobre esas pasiones que él mismo siente y que son lo más importante que hay en su vida, porque toda la poesía de López Velarde está centrada en los movimientos de su corazón.¹

Y hoy, en las postrimerías del año 2021, se realiza la presente edición *Novedad de la patria. Ramón López Velarde*, título quince de la Colección la Academia para Jóvenes (la cual se publica desde septiembre de 2017), que se integra a la conmemoración del centenario del fallecimiento de López Velarde, uno de los poetas más representativos del siglo **xx**, de quien nuestro Premio Nobel de Literatura, Octavio Paz, indicara: “la poesía mexicana contemporánea en un ejemplar ensayo: arranca de la experiencia de López Velarde. Su breve desarrollo corrobora que toda actividad poética se alimenta de la historia, quiero decir: del lenguaje,

¹ María Elena Saldaña. *Páramo de espejos. Personajes en la comarca lagunera*. México: Universidad Iberoamericana Laguna / Migue Ángel Porrúa, 2001, pp. 111-138.

los instintos, los mitos y las imágenes de su tiempo”.²

La virtud de la presente edición es que, precisamente, está dirigida a un público joven que encontrará en cada una de sus 140 páginas y diez apartados, explicaciones, anécdotas, pasajes biográficos, anotaciones, referencias a su prosa (“de no existir los versos, bastarían las prosas para asegurarle a López Velarde un largo espacio de recuerdo, en algún sitio vecino al de Julio Torri”), sugerencias para la lectura placentera, la armónica comprensión del poema “La suave patria”, escrito el 24 de abril de 1921. Elementos que al lector permitirán alumbrar sus versos, acercarán al solsticio de la palabra escrita, de la lograda metáfora, del adjetivo exacto del Proemio, sus Dos Actos y el Intermedio a Cuauhtémoc que conforman a este magno, musical y rítmico poema. En palabras del mismo Garrido: “léelo en voz alta. Fíjate en la música y en la precisión de las palabras; en lo sorprendentes que son sus adjetivos. Y en lo sorprendente que es que sean no sólo sorprendentes, porque no son obra del capricho, sino exactos: definen con puntualidad lo que quiere decir”.

Al avanzar en la lectura hay luminosos descubrimientos de aspectos olvidados de la vida de López Velarde —uno de ellos es que reprobó literatura cuando cursaba la preparatoria en el Instituto de Ciencias, lo

² Octavio Paz. “Introducción a la historia de la poesía mexicana” en *Las peras del olmo*. México: UNAM, 1959, p. 9.

que a todos nos da posibilidad de redención para continuar en el camino de las letras—; Garrido de forma amable, invita al joven lector a continuar el sendero de los versos del jerezano, de los orígenes del poema y de su permanencia en la ronda de los tiempos:

Si quieres, si tienes ganas, antes de que sigamos puedes volver a leer ‘La suave patria’. Nadie entiende todo a la primera. Releer es indispensable para comprender. Fíjate en la fecha que aparece al final de la poesía, la última que López Velarde alcanzó a corregir. El poeta moriría menos de dos meses más tarde, el 19 de junio, cuatro días después de haber cumplido treinta y tres años. ‘La suave patria’ apareció en la revista *El Maestro*, en el número correspondiente al mes de la muerte del poeta. *El Maestro* es una revista de la Secretaría de Educación Pública, organismo que había sido creado ese mismo año. La Revolución había terminado y hacía falta reconstruir el país. El presidente, tú lo sabes, era Álvaro Obregón.

López Velarde mantuvo la empecinada costumbre de morir joven (33 años), al igual que Manuel Gutiérrez Nájera (a los 34), José Asunción Silva (31), Julio Herrera y Reissig (35), Julián del Casal (30), o el mismo caso del pintor Saturnino Herrán —amigo y compadre de López Velarde—, quien también falleció antes de cumplir 32, por mencionar unos cuantos

artistas modernistas y que Garrido explica con detenimiento al joven lector para situarlo en el Modernismo que abarcó, no sólo las letras, sino la música y la pintura.

En su ensayo “Voces/miradas paralelas. Los poetas modernistas y Saturnino Herrán”, Garrido situaba a López Velarde como parte esencial del Modernismo, movimiento literario que hacia 1880 surgió en Hispanoamérica: “es una manera de sentir, de pensar, de imaginar, que rebasa los límites de la literatura y se desborda en otras manifestaciones artísticas. Es una ética, una estética, una retórica, una erótica y una política. Una manera de apurar la vida y la muerte”; lo anterior reflejado en otros versos de López Velarde que aluden a las imágenes amorosas, como dice la primera estrofa de “Boca flexible, ávida...”:

Cumplo a mediodía
con el buen precepto de oír misa entera
los domingos; y a estas misas cenitales
concurres tú, agudo perfil; cabellera
tormentosa, nuca morena, ojos fijos;
boca flexible, ávida de lo concienzudo,
hecha para dar los besos prolijos
y articular la sílaba lenta
de un minucioso idilio, y también
para persuadir a un agonizante
a que diga amén.

De manera natural, las afinidades entre el más caro de aquellos modernistas, Ramón López Velarde y su mejor pintor, Saturnino Herrán —autor de diversas portadas, entre ellas, en 1916 *La sangre devota*—, guiaron a Garrido a escribir el libro titulado *Saturnino Herrán. Acompañado por textos de Ramón López Velarde*,³ donde proporciona un amplio estudio introductorio sobre la vida, obra de este pintor y de su visión nacionalista, rescate de los paisajes y tradiciones de un México, heredero de un pasado hispánico y un sedimento indígena, a caballo entre el fin de un siglo de viejas modalidades y el origen de una lucha revolucionaria y la construcción de un estado moderno.

Los poemas del nacido en Jerez acompañaron con ritmos a los bocetos de Herrán: obreros, rasgos apenas insinuados, pero que impactan al espectador, con las criollas de labios entrabiertos de inquietante insinuación. Ocasión habrá de que el joven lector se adentre a la plástica de tan destacado pintor, dejo como

³ Correspondencias más de espíritu que de tiempo: Ramón López Velarde fue dibujado por Herrán en las “Máscaras” de la *Revista Moderna*; y el poeta le dedicó al pintor un poema “El minuto cobarde”, escribió un ensayo sobre uno de sus cuadros “El cofrade San Miguel”, describió con sensualidad conmovedora su agonía “Las santas mujeres” y, al cumplirse un año de su muerte, en 1919, leyó en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria una “Oración fúnebre” que traza su semblanza..., *Saturnino Herrán. Acompañado por textos de Ramón López Velarde*. México: Fondo Editorial de la Plástica Mexicana, 1988, p. 11.

invitación de este próximo recorrido por la obra del oriundo de Aguascalientes, las palabras de Garrido:

aportó a su tiempo una nueva concepción de la iconografía y de la composición, un nuevo sentido de la obra de arte; en su obra culminan los temas que habían ocupado a la pintura mexicana desde, por lo menos, medio siglo atrás. Su extraordinario dominio de la técnica se conserva como un ideal al que es dable aspirar. Nos legó una forma personal de mirar y de amar el México que conoció.⁴

Garrido concluye con sabias palabras la edición que hoy, la Dirección General del Colegio de Ciencias y Humanidades te ofrece, joven lector para que disfrutes la atenta lectura de “La suave patria: “Es, también, momento propicio para recordar que no tenemos patria más entrañable que nuestra lengua; López Velarde, con su obra, la hizo más rica y más nuestra”.

Y queda a lo anterior, como irisado corolario, las mismas palabras de López Velarde: “en más de una ocasión he querido convencerme de que la actitud mejor de literato es la actitud de un conversador. La literatura conversable reposa en la sinceridad”.⁵

Alejandro García

⁴ *Idem*, p. 31.

⁵ Ramón López Velarde. *Obras*. México: FCE, 1986, p. 401.

Bibliohemerografía de Felipe Garrido sobre López Velarde

ENSAYOS

- “La pasión risible: Ramón López Velarde”, en *Dos Valles*. Vol. 1, núm. 4 (octubre-diciembre de 1988); *Minutos velardianos. Ensayos de homenaje en el centenario de Ramón López Velarde*. México: **UNAM, IIE**, 1988, pp. 98-106; *Tierra con memoria, y otros ensayos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, 1991. (Fundamentos); 2ª ed. **IPN / Sociedad General de Escritores Mexicanos / Producciones DINAMO**, 1997; pp. 35-43 y en la *Obra poética de Ramón López Velarde*; ed. José Luis Martínez. México: Conaculta / Archivos, 1998, pp. 678-689.
- “La fiera sin reposo. Alberto Gironella en la ruta de López Velarde” en *Tierra adentro*, núm. 88 (octubre-noviembre de 1997), pp. 21-24.

EDICIONES

- López Velarde para jóvenes. Prosa; pres. y selecc. de textos Felipe Garrido*. México: Asociación Nacional de Libreros / Instituto Nacional de Bellas Artes / Universidad Autónoma de Zacatecas, 1987; 2ª ed. México: Instituto Nacional de Bellas Artes / Universidad Autónoma de Zacatecas. 1988.
- López Velarde para jóvenes. Poesía*. México: Gobierno del estado de Zacatecas / Universidad Autónoma de Zacatecas / **INBA**, 1988.

Saturnino Herrán. *Acompañado por textos de Ramón López Velarde*; pres. y selecc. de textos de Felipe Garrido. México: Editorial de la Plástica Mexicana, 1988, 144 pp., 2a ed., 2004.

Novedad de la Patria y otras prosas; pres. y selecc. de textos Felipe Garrido. México: Asociación Nacional de Libreros, 1987.

Ramón López Velarde. *Novedad de la patria*; explicada por FG. México: Conaculta, 2009. (Summa Mexicana).

CONFERENCIAS

“Una lectura de Ramón López Velarde”. Instituto Zacatecano de Cultura, Centro de Investigaciones Históricas y Centro de Convenciones Casa Grande 1730, Zacatecas (21 de junio de 1996).

“‘La suave patria’ de Ramón López Velarde”. YMCA. ACJ de la ciudad de México, Distrito Federal (23 de septiembre de 1999).

Participación en el Círculo de lectura Ramón López Velarde “Las aureolas YMCA”, Segundo Aniversario, Distrito Federal (7 de diciembre de 1999).

Novedad de la patria

I. El paraíso recobrado de Ramón López Velarde

POR UN TIEMPO CREÍ que debía escribir este libro hablándote de usted, porque acabamos apenas de conocernos. Pero enseguida me dije que eso pondría entre nosotros una distancia inconveniente. En primer lugar porque; apenas has posado los ojos en esta página, me siento ya en deuda contigo. Y después, porque vamos a hablar de cosas íntimas y es mejor tutearnos. Ramón López Velarde me ha acompañado toda la vida; es uno de los poetas que más quiero y me gustaría que, después de leer este libro, también tú lo quisieras y lo siguieras leyendo —aunque tal vez ya lo conoces, lo has leído y lo quieres; en ese caso, sobran estas explicaciones. Alguien, Eugenio del Hoyo quizás —en un tiempo cronista de Zacatecas, al tanto de estas minucias—, me dijo alguna vez que al poeta le gustaba el Lambrusco. Descorchemos, pues, una botella de este vino burbujeante y afrontemos nuestra aventura. Vamos en busca

de un paraíso perdido. Raro será quien no recuerde, no haya escuchado alguna vez, sin saber de quién son, frases como “la patria es impecable y diamantina”, “el relámpago verde de los loros”, “el santo olor de la panadería”... Todos sabemos que el “joven abuelo” es Cuauhtémoc. Todos hemos repetido “vives al día, de milagro, como la lotería”; “tus carnosos labios de rompopo”; “pupilas de abandono”... Todas estas son expresiones que nos pertenecen, que usamos en cualquier momento, cualquier día. No está de más recordar que son todas de Ramón López Velarde, y que se leen todas en un mismo poema, “La suave patria”.

Antes que yo, otros —Jorge Cuesta, por ejemplo— han dicho que la provincia, donde pasó infancia y adolescencia, fue un paraíso del que López Velarde se vio expulsado. Un paraíso perdido no sólo porque Ramón tuvo que crecer y salir a la vida, sino porque fue a vivir a otros lugares y terminó, como tantos otros, en México, la capital del país, flor de pecado donde “cada hora vuela, ojerosa y pintada, en carretela”, como en los tiempos del poeta lo hacían las prostitutas elegantes por las calles de San Francisco y Plateros —ahora Madero—. Trasladar a sus versos aquel paraíso, a veces poblado de demonios, fue para López Velarde tarea vitalicia. Fue una manera de recuperarlo que, al final de sus cortos días, culminó en “La suave patria”: una visión personal, una idea diferente de lo que la patria es. Comencemos, pues, con ese poema. Léelo con

cuidado, línea por línea, en voz alta. Si no entiendes todo en la primera lectura, no importa; déjate ganar por su música. Eso es ya comenzar a comprenderlo.

Resumo su asunto, para que te sea más fácil seguirlo. Oye bien lo que dice en el Proemio:

Si antes siempre ha cantado de sus sentimientos, “del íntimo decoro”, esta vez el poeta se ocupará de un asunto heroico. Hablará de la patria. Lo hará con los versos que siempre ha usado, así como el correo chuan—los chuanes se rebelaron en Francia contra la Primera República, a fines del **xviii**— no llevaba el peso de los remos, inútil para el combate. Lo hará, de acuerdo con su idea de lo que es la patria, en sordina, apagadamente: la patria no es cuestión de batallas y proclamas políticas; la patria es el paisaje que nos rodea, el barrio donde vivimos, las calles por las que vamos a la escuela y al trabajo, las memorias de los mayores, las mujeres y los hombres que vemos por la calle, las fiestas, las devociones, los sentimientos, los duelos y los amores. La patria la llevamos por dentro.

Al comenzar el primer acto, el poeta la describe: superficie de maíz, minas tan ricas como el palacio del rey de la baraja, cielo hecho del vuelo de las aves, la bendición del campo y la amenaza de la industria. Contrasta el ajetreo de la capital con el sosiego de la provincia. Su territorio ha sido mutilado —por los Estados Unidos— pero, aun después de eso, la patria, con su mirada de mestiza, todavía es tan grande que

los trenes que van por ella parecen de juguete. El noviazgo entre adolescentes, los fuegos de artificio, el jarabe, el barro que suena a plata —porque así suena y porque la contiene cuando es alcancía—, las calles recién lavadas y olorosas a pan... la patria se resume como “alacena y pajarera”: un armario lleno de dulces y una jaula llena de pájaros. Irrumpe el temporal. Se desgaja el trueno, que lanza piropos a la mujer, sana a los locos, resucita a los muertos y deja caer los beneficios de Dios sobre las tierras de cultivo. Bajo el aguacero, los esqueletos crujen en parejas y el poeta es testigo de lo que fue, lo que está por venir, y el momento en que escribe, “con su vientre de coco”.

Una mirada vuelta al pasado, al momento de fundación: el Intermedio dedicado a Cuauhtémoc. Su suplicio está cantado en la lengua del conquistador y la base de cenizas de sus plantas es una señal de victoria. De todos los infortunios, ninguno mayor que “haberte desatado del pecho curvo de la emperatriz” —“Dios sabe que sin mujer no atino”, dice en otro lugar López Velarde.

Retorna el poeta, en el segundo acto, al recuento de la patria, no vista en el mito, sino tangible como una pieza de pan: vale por las virtudes de su mujerío, es una niña recatada, se regocija con el humilde estreno de un rebozo, vive de milagro y tiene estatura de dedal o de niño, como el Palacio Nacional —que en ese tiempo tenía sólo dos pisos—. Del hambre y de la guerra la

protege su primer santo, el de la higuera reverdecida. López Velarde quiere raptarla. Quiere reposar en sus entrañas, que no niegan un asilo al ave sepultada en una caja de cartón ni a esas otras aves “que hablan nuestro mismo idioma” —el país salía de diez años de lucha civil—. En los calores del estío, la patria lo consuela con “frescuras de tinaja”, y en el frío lo arropa con sus “labios de rompopo”, pero también con su “respiración azul de incienso” —siempre eso que el poeta llamó su dualidad funesta: la sensualidad de los labios y el rompopo junto con la espiritualidad del incienso—. La patria vive amenazada: quieren morir su ánima y su estilo. El poeta le da la clave para que sea dichosa: “sé siempre igual, fiel a tu espejo diario”; no dejes de ser lo que eres, no pierdas tu identidad. En “la carreta alegórica de paja” leo un final optimista, la promesa de una cosecha abundante.

Ahora viene el poema. Ya te lo dije, léelo en voz alta. Fíjate en la música y en la precisión de las palabras; en lo sorprendentes que son sus adjetivos. Y en lo sorprendente que es que sean no sólo sorprendentes, porque no son obra del capricho, sino exactos: definen con puntualidad lo que quiere decir. Llamar épica a la sordina, impecable y diamantina a la patria, equilibrista al colibrí; decir que los pechos de las cantadoras empitonan la camisa... Fíjate en los detalles: ¿no te encanta que el rebozo estrenado a las seis de la mañana lleve todavía las marcas de los dobles con que salió

de la tienda? Fíjate en sus imágenes. Cada estrofa es un cuadro. Debes verlas. Dice Benjamín Jarnés, el escritor español, que López Velarde “se complace en ‘hacer ver’ mucho más que en ‘hacer oír’, sus poemas” —pero no dejes de escucharlo.

La suave patria

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura del íntimo decoro,
alzo hoy la voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles
con remos que no pesan,
porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
la patria es impecable y diamantina.

Suave patria: permite que te envuelva
en la más honda música de selva
con que me modelaste por entero
al golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas
y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz,
tus minas el palacio del Rey de Oros,
y tu cielo, las garzas en deslíz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo
y los veneros del petróleo el diablo.

Sobre tu capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan los palomos colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio
se viste de percal y de abalorio.

Suave patria: tu casa todavía
es tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones,
con tu mirada de mestiza, pones
la inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la rana,
no miró, antes de saber del vicio,
del brazo de su novia, la galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa

el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño
su sonora miseria es alcancía;
y por las madrugadas del terruño,
en calles como espejos, se vacía
el santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas notas,
después, un paraíso de compotas,
y luego te regalas toda entera,
suave patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,
que en tu lengua de amor prueben de ti
la picadura del ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos baña
de locura, enloquece a la montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el viático,
y al fin derrumba las madererías
de Dios sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oigo en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco
y la hora actual con su vientre de coco,

y oigo en el brinco de tu ida y venida,
oh trueno, la ruleta de mi vida.

Intermedio: Cuauhtémoc

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal;
al idioma del blanco, tú lo imantas
y es surtidor de católica fuente
que de responsos llena el victorial
zócalo de ceniza de tus plantas.

No como a César el rubor patricio
te cubre el rostro en medio del suplicio:
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, el azoro de tus crías,
el sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

Segundo acto

Suave patria: tú vales por el río
de las virtudes de tu mujerío;

tus hijas atraviesan como hadas,
o destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.

Suave patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a niña que asoma por la reja
con la blusa corrida hasta la oreja
y la falda bajada hasta el huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país del aroma del estreno.

Como la sota moza, patria mía,
en piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional,
con tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.

Suave patria, vendedora de chía:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta
en una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta
dentro de ti el cadáver hecho poma
de aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso
frescura de rebozo y de tinaja,
y si tiritito, dejas que me arroje
en tu respiración azul de incienso
y en tus carnosos labios de rompopo.

Por tu balcón de palmas bendecidas
el Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima y tu estilo,
cual muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, con el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la lujuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el Ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz; la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono

a la intemperie, cual una sonaja:
la carreta alegórica de paja.

24 de abril de 1921.

Si quieres, si tienes ganas, antes de que sigamos puedes volver a leer “La suave patria”. Nadie entiende todo a la primera. Releer es indispensable para comprender. Fíjate en la fecha que aparece al final de la poesía, la última que López Velarde alcanzó a corregir. El poeta moriría menos de dos meses más tarde, el 19 de junio, cuatro días después de haber cumplido treinta y tres años.

“La suave patria” apareció en la revista *El Maestro*, en el número correspondiente al mes de la muerte del poeta. *El Maestro* es una revista de la Secretaría de Educación Pública, organismo que había sido creado ese mismo año. La Revolución había terminado y hacía falta reconstruir el país. El presidente, tú lo sabes, era Álvaro Obregón.

Publicar *El Maestro* había sido idea del primer secretario de Educación, José Vasconcelos. Su propósito era ofrecer material de lectura a las familias; allí se escribía de todo: lecciones de natación, sobre hábitos de higiene, ensayos de historia y filosofía, cuentos y poemas... Nuestro actual sistema educativo no sabe muy bien qué hacer con la lectura; cree que sirve solamente para estudiar y que es un tema que corresponde a la clase de español. Vasconcelos y su generación

acertadamente veían en la lectura y la escritura no solamente el cimiento de todo el edificio educativo, sino del desarrollo, de la prosperidad de la nación.

“La suave patria” volverá a aparecer en este libro. No para llenar páginas, sino para que la leas nuevamente sin que tengas que regresar aquí. Tornaremos a ella cuando hayamos terminado nuestro recorrido porque “La suave patria” es ese paraíso que hemos salido a buscar. Si ya sabemos dónde se encuentra, ya hemos terminado, te dirás. Pero no es así. Sabemos dónde está ese paraíso, pero queremos conocerlo mejor. Saber de dónde viene, cómo se formó. Vamos a buscar sus raíces en la vida y en otras obras de Ramón López Velarde.